

Qiu Xiaolong

EL DRAGÓN DE SHANGHAI

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

QIU XIAOLONG
EL DRAGÓN DE SHANGHAI

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Shanghai Redemption*

1.ª edición: enero de 2016

© 2015, by Qiu Xiaolong. Publicado por acuerdo con St. Martin's Press, LLC.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Victoria Ordóñez Diví, 2016
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-208-3
Depósito legal: B.26.450-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión: Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Abril es un mes cruel, quizá el más cruel de todos.

Para los chinos, el 5 de abril marca el comienzo del Festival de Qingming, fecha del calendario lunar considerada propicia para limpiar —o, literalmente, barrer— las tumbas de los parientes difuntos. Durante el Qingming la gente visita las tumbas de sus familiares, presenta ofrendas y expresa sus sentimientos. Es una tradición importante y ancestral. En el siglo VII, el poeta Du Mu de la dinastía Tang escribió un cuarteto sobre esta costumbre:

Durante la Fiesta de Qingming, llovizna
sobre los viajeros desconsolados que huellan los caminos.
«¡Oh! ¿Dónde podemos encontrar una taberna, por favor?»
Un pastorcillo les señala la aldea de las flores de albaricoquero.

Confucio dijo: «Si presentas una ofrenda ante las tumbas de los muertos, los muertos se te aparecerán como si aún vivieran».

En la antigüedad, el Qingming no era una obligación sencilla. Si las tumbas estaban lejos, los parientes de los difuntos tenían que viajar cargados con las ofrendas a bordo de una barca o a lomos de un asno, y a menudo acababan agotados y abatidos en los días lluviosos.

En el siglo XXI, la gente fleta autocares especiales durante el Qingming. En uno de aquellos autocares que se dirigían a los cementerios de Suzhou, Chen Cao, ex inspector jefe y ex vicesecretario del Partido en el Departamento de Policía de Shanghai, viajaba sentado con la espalda rígida entre un grupo de

visitantes de tumbas mientras el vehículo avanzaba trabajosamente por la congestionada autopista. Chen pensó en los versos de Du Mu mientras observaba el paisaje por la ventanilla, para luego contemplar su reflejo en el cristal mugriento. Una ráfaga de gotas de lluvia cayó de los sauces que crecían en los laterales de la autopista, brillando como lágrimas de agradecimiento.

El Qingming se estaba convirtiendo en una fiesta nacional, lo que causaba nuevos problemas, particularmente a los habitantes de Shanghai. Dado el aumento incesante del precio del suelo en la ciudad, quienes buscaban un lugar para enterrar a sus seres queridos tenían que elegir cementerios alejados de la costosa metrópolis. El *feng shui* propicio y la distancia razonable habían convertido ciudades cercanas como Suzhou en alternativas populares. Durante el Qingming, los billetes de tren se agotaban enseguida, y los vehículos colapsaban autopistas y carreteras. El trayecto de Shanghai a Suzhou, que habitualmente se hacía en una hora, podía llevar cuatro o cinco.

Chen decidió viajar días después de que se celebrara el festival Qingming oficial. Aun así, se resistía a tener que esperar en alguna de las largas colas que circundaban la estación de ferrocarriles de Shanghai. Y esas colas, si es que pensaba viajar en tren, no serían más que el principio. En la estación de Suzhou tendría que hacer una larga cola de nuevo, tanto para esperar un autobús local como un taxi que lo llevara hasta el mismo cementerio.

Así que, en esta ocasión, Chen había decidido viajar en autocar. Había un autocar especial entre las dos ciudades que salía de la plaza del Pueblo por la mañana, iba directamente a los cementerios de Suzhou y volvía a Shanghai a primera hora de la tarde. Cómodo y barato, a veces era apodado despectivamente «el autocar del cementerio». En este nuevo siglo materialista, viajar en autocar era demasiado vulgar para los «ya ricos». Ellos iban a barrer las tumbas en sus coches de lujo, a veces conducidos por chóferes. Sin embargo, resultaba evidente que los pasajeros del autocar, incapaces de permitirse un coche o los costosos billetes del tren de alta velocidad, eran mucho menos pudientes.

No podía decirse que aquel autocar, viejo, destartado y cu-

bierto de polvo, fuera en absoluto lujoso, o ni siquiera cómodo. El asiento de plástico era duro, el suelo estaba sucio y las ventanillas, resquebrajadas. Dos pasajeros que habían llegado tarde tuvieron que sentarse en el suelo, a los pies de Chen.

El ex inspector jefe llevaba años sin barrer ninguna tumba. Había estado demasiado ocupado investigando un caso tras otro en la brigada de casos especiales del Departamento de Policía de Shanghai, pero un traslado laboral le había permitido tomarse un descanso inesperado, y decidió aprovechar la oportunidad. Sacó una cajetilla aplastada y se la volvió a meter en el bolsillo del pantalón. El aire del autocar ya estaba lo suficientemente viciado, pensó mientras entornaba los ojos envuelto en una nube de humo. Agitando la mano frente a la cara, recordó un viaje similar en autocar varios años atrás. En aquel momento no le pareció tan incómodo, pero desde entonces se había acostumbrado a todos los privilegios asociados a su cargo como cuadro del Partido.

Viajar en el autocar del cementerio entrañaba otro inconveniente: no era posible volver de inmediato a Shanghai. En las excursiones de un día a Suzhou, la mayoría de los viajeros no se limitaban a barrer tumbas. Después de postrarse ante las lápidas de sus difuntos por la mañana, puede que fueran al Mercado del Templo de Xuanmiao para tomar el té y comer algo, que hicieran compras y visitaran algún jardín antes de volver en el autocar de la tarde, o quizá que disfrutaran de una cena al estilo de Suzhou antes de coger finalmente el tren nocturno de vuelta a Shanghai.

Chen no estaba de humor para hacer turismo.

No podía engañarse: tenía problemas. El día anterior, sin previo aviso, habían anunciado su destitución como vicesecretario del Partido e inspector jefe en el Departamento de Policía de Shanghai para nombrarlo director del Comité para la Reforma del Sistema Legal de Shanghai.

Esta decisión fue presentada como un mero intercambio de cargos. A ojos del observador externo, puede que incluso pareciera un ascenso encubierto. A modo de flaco consuelo, Chen podía pensar que en su nuevo puesto conservaba su rango como cuadro del Partido, y que no llevaba el «vice» antes del cargo.

Pero las destituciones disfrazadas de ascenso constituían una estrategia habitual en la política china. El cargo en el comité no conllevaba poder alguno. El comité, cuya función era meramente decorativa, se encargaba principalmente de hacer sugerencias y elaborar informes destinados a las autoridades de más alto rango. Dado que los intereses del Partido tenían más peso que los del sistema legal, dicho sistema no era en absoluto independiente, y por tanto un cargo en un comité centrado en la «reforma legal» no era comparable con un cargo en el Departamento de Policía.

El nuevo nombramiento no era más que un gesto tranquilizador de cara a Chen y a la opinión pública en un momento en que «el mantenimiento de la estabilidad» constituía la principal prioridad política. Chen estaba considerado un policía honesto y competente, y su repentina destitución podría haber conducido a especulaciones no deseadas.

Pero ¿por qué lo habían destituido? Sólo de pensarlo ya le entraba dolor de cabeza.

En la reunión del departamento donde se anunció el cambio, el secretario del Partido Li había dicho con voz engolada:

«Las altas instancias han decidido que el camarada Chen Cao asuma responsabilidades más importantes en nombre del Partido. Apreciamos enormemente su extraordinaria labor a lo largo de todos estos años. Siempre nos hemos enorgullecido del inspector jefe Chen, un policía legendario. Así que me gustaría sugerir que el inspector jefe conserve temporalmente su despacho. No tiene que darse prisa en vaciarlo para llevarse sus pertenencias. Ésta es su antigua casa, y esperamos que vuelva a visitarnos a menudo».

Teng Shenguo, el jefe de gabinete del secretario del Partido en Shanghai Lai Xi, también llamó personalmente a Chen para recalcar la importancia del nuevo trabajo que le habían asignado. «¡Enhorabuena! Construir una sociedad legal en China es una tarea ardua pero importante. El cargo requiere experiencia y dotes para la investigación. El camarada Lai cree que sólo usted está cualificado para afrontar esta responsabilidad, director Chen.»

Dados los posibles candidatos en el Departamento de Policía de Shanghai puede que tal afirmación fuera cierta, pero parecía una frase extraída del *Diario del Pueblo*: palabrería hueca, en absoluto convincente. Consistiera en lo que consistiera su nuevo cargo, no era un puesto que justificara tanto parabién.

Así que Chen acabó en un autocar destartado y lleno hasta los topes con destino a Suzhou, despojado del tratamiento de «inspector jefe» que precedía a su nombre, un tratamiento que, para él, era casi como la concha para un caracol.

No era momento de dejarse llevar por la autocompasión, se dijo. Sin embargo, no podía deshacerse de un vago presentimiento funesto: la sensación de que éste no sería el último de sus problemas.

Como «cuadro emergente del Partido» no le faltaban contactos entre las altas esferas, algunos dentro de la Ciudad Prohibida. Pero su «ascenso» se había producido de forma inesperada, lo que indicaba la gravedad de la situación. Ninguno de sus contactos había intentado ayudarlo, ni le habían advertido de lo que le iba a suceder. Incluso el camarada Zhao, el secretario jubilado del Comité Disciplinario del Partido Central, con quien Chen había trabajado estrechamente en varios casos políticamente delicados, había preferido permanecer en silencio.

Dos versos de Li Bai le vinieron inesperadamente a la memoria:

La nube pasajera oscurece el sol,
me preocupa que no pueda verse Chang'an.

Chang'an fue la capital durante la dinastía Tang. Li Bai, pese a ser un poeta inspirado, se metió en problemas políticos durante la rebelión An Shi, que supuso el comienzo del declive del otrora poderoso imperio Tang.

En el mundo actual, sin embargo, a Chen no se le ocurría ninguna razón específica para sus problemas. Como inspector jefe, había irritado a los suficientes gerifaltes, adrede o no, como para que algunos de sus actos se volvieran en su contra. Varios altos cargos que podrían haber estado esperando el momento

oportuno para vengarse arremetían ahora contra él desde las sombras a fin de acabar con su carrera. Chen estaba considerado un «liberal», y en los últimos años, cada vez más decepcionado con la política contemporánea en China, había procurado eludir su deber hacia el Partido. Aun así, no creía que pudiera suponer una amenaza directa para sus superiores.

Con todo, Chen percibió una urgencia inusual en la decisión de marginarlo. El Congreso Nacional del Partido se iba a celebrar a finales de año, por lo que podía estar tramándose algo que chocara con el programa político no revelado del Partido. Quizá uno de los casos que investigaba el inspector jefe pudiera acarrear graves problemas a algún alto cargo. Pero, por lo que Chen sabía, no había nada especial entre las investigaciones que aguardaban su atención en la brigada de casos especiales.

El autocar del cementerio no era el lugar más indicado para las elucubraciones. De pronto, un acre olor a pescado salado interrumpió sus pensamientos. Tras echar un vistazo a su alrededor, Chen se fijó en el cesto de bambú que tenía a sus pies una anciana sentada al otro lado del pasillo. La mujer, que rondaría los setenta, tenía un rostro cetrino surcado de arrugas profundas y una verruga prominente en la hundida barbilla.

—A mi difunto marido le gusta el pescado en salazón —explicó con una sonrisa de disculpa, consciente de que Chen la observaba—. Lo he comprado en Los Tres Soles, su tienda favorita. Es carísimo, pero ya no tiene el sabor de antes.

Se suponía que el pescado en salazón era una ofrenda especial durante el Qingming. De acuerdo con la tradición, la gente llevaba a sus difuntos sus alimentos favoritos. Él no había traído nada consigo en este viaje, se dijo con pesar.

—¿No tiene el sabor de antes? ¡Menuda sorpresa! —interrumpió un anciano que estaba sentado detrás de la mujer—. ¿Sabe cómo conservan el pescado? Lo rocían con DDT. He visto con mis propios ojos a una mosca posarse en un pez sable cubierto de sal. La mosca agitó las patas y murió en dos o tres segundos. Envenenamiento instantáneo, y no exagero.

—¡Qué mala suerte! —La mujer se echó a llorar—. Ni siquiera puedo servirle un cuenco de pescado no tóxico a mi pobre marido.

—No te pongas a lloriquear aquí, mujer —dijo otro hombre—. Dentro de una hora podrás llorar y berrear tan fuerte como quieras frente a su tumba.

Chen no sabía qué decir para consolarla, así que miró hacia otro lado, bajó la ventanilla y sacó de nuevo el paquete de cigarrillos. Una discusión estalló a sus espaldas.

—En este autocar no hay ningún Bolsillos Llenos, no te des tantos aires. Si eres un Bolsillos Llenos, ¿por qué viajas así de apretujado en un autocarapestoso?

—Aquí todos somos pobres. ¿Y qué? Puede que tengas una valla de hierro y acero que dure miles de años, pero aun así acabarás bajo un túmulo.

—Venga ya, ¡sí es un túmulo en las Colinas de los Ocho Tesoros de Pekín! ¡Menudo *feng shui*! No me sorprende que los hijos de los Bolsillos Llenos hereden hoy todos esos cargos tan importantes.

Parecía el comienzo de una pelea. La gente se quejaba a la más mínima oportunidad. Y no sin razón, dada la brecha creciente entre ricos y pobres. Los pasajeros del autocar pertenecían a la capa más baja de la sociedad. El mito del igualitarismo maoísta, promovido por las autoridades del Partido durante tantos años, se estaba desvaneciendo como un sueño borroso.

Su móvil empezó a sonar. Era Wang el Flaco, el veterano conductor del Departamento de Policía.

—¿Dónde está, jefe? Se oye mucho ruido de fondo.

—Estoy en un autocar del cementerio, camino de Suzhou. Por el Qingming.

—¿Cómo es que se ha ido sin decírmelo?

—¿A qué se refiere?

—Soy su chófer. ¿Por qué ha ido en autocar?

—Ya no trabajo para el departamento.

Fuera o no inspector jefe, Chen podía haber pedido un coche con chófer para este viaje. Aún no había vaciado su despacho, pero no le pareció buena idea solicitar un coche del departamento para un viaje personal.

—Usted es el único policía que hace que me sienta orgulloso de mi trabajo, jefe.

—Venga, Wang, no tiene por qué decir cosas así.

—Déjeme contarle una anécdota. El mes pasado fui a una reunión de antiguos alumnos. En los encuentros de este tipo, a la gente le gusta hablar de sus trabajos y del dinero que ganan. Los de mi generación, que han perdido diez años por culpa de la Revolución Cultural, se consideran afortunados por tener un trabajo fijo, aunque un empleo de conductor no es como para ponerse a alardear, y menos aún si el empleo es de chófer del Departamento de Policía. Pero cuando dije: «Conduzco para el inspector jefe Chen», varios antiguos compañeros se pusieron de pie y vinieron a darme la mano. ¿Por qué? Por usted. Habían oído o leído cosas sobre usted. Como que es un policía competente y concienzudo, una especie casi en extinción hoy en día.

»Y entonces Xiahou, un hombre de negocios multimillonario, brindó en mi honor: “Por tu trabajo extraordinario”. Al ver mi cara de estupefacción, Xiahou explicó: “Has mencionado al inspector jefe Chen. Seguro que habrás oído hablar de ‘Cantar las Rojas’, el movimiento para alentar a los obreros a cantar canciones patrióticas. Yo podría haber acabado en la cárcel por negarme a que esas canciones se cantaran en mi empresa como si aquello fuera un ritual. Fue Chen el que me defendió. Además, ni siquiera me conocía, me defendió únicamente porque es un policía honesto. Es un *qingguan*, como el juez Bao o el juez Dee”.

—Un *qingguan* —musitó Chen. En la antigua China, la palabra *qingguan* significaba «funcionario incorruptible», aquellos funcionarios casi inexistentes y tan poco comunes que no eran producto del sistema, sino más bien una aberración de éste. Por consiguiente, a menudo se metían en problemas. Por ello Wang el Flaco mencionaba ahora el término. Pero Chen no recordaba a ningún hombre de negocios llamado Xiahou.

—La cuestión es que usted es mi inspector jefe —continuó diciendo Wang el Flaco—. No veo nada impropio en que me pida que conduzca para usted.

—Pero barrer tumbas es algo muy personal. No creo que deba usar el coche para asuntos personales, aunque conserve el despacho en el departamento.

—Si usted lo dice... La próxima vez le llevaré en mi propio coche, pero tiene que avisarme antes.

—Así lo haré. Muchísimas gracias, Wang.

Después de apagar el teléfono, Chen volvió a contemplar el paisaje por la ventanilla. Otro estruendo estalló de pronto en el autobús. Por un altavoz empezó a sonar a todo volumen una canción roja titulada «Sin el Partido Comunista no habrá una nueva China».

Oh, el Partido Comunista trabaja incansablemente para la nación.
Intenta salvar al país con entusiasmo,
le señala al pueblo el camino de la liberación,
conduce a China hacia un futuro esplendoroso...

Era una de esas viejas canciones revolucionarias que loaban al Partido, aunque esta versión tenía un toque jazzístico en su ritmo modificado. Resultaba familiar y extraña a un tiempo. El mensaje, sin embargo, era inequívoco: sólo el Partido puede gobernar China, y todo lo que haga estará justificado.

A Chen la canción le trajo recuerdos de la Revolución Cultural, y de aquella mañana en que vio a su padre quebrantado bajo el peso de la pizarra que llevaba colgada al cuello, proclamándose culpable repetidamente como un gramófono estropeado. Mientras tanto, los Guardias Rojos coreaban eslóganes y cantaban esa canción alrededor de una hoguera en la que quemaban libros... Esta canción roja, y otras similares, habían desaparecido después de la Revolución Cultural, pero ahora estaban volviendo con fuerza.

—¡Apaga esa maldita máquina! —le gritó un pasajero al conductor—. Mao está muerto y pudriéndose en su tumba. Vete a poner esas canciones rojas al cementerio.

—No metas a Mao en esto, desgraciado —replicó otro pasajero, lanzando una mirada furibunda por encima de su hombro—. ¡No te olvides de la película *La aldea de los hibiscos!*

—¿Qué quieres decir?

—La Revolución Cultural volverá.

—¡Anda ya! El final de esa película no es más que el des-

varío de un lunático. Tú también debes de haber perdido la chaveta.

—No os peleéis. Tenemos que poner estas canciones rojas en el autocar por orden del secretario Lai —explicó el conductor.

¿Había otra Revolución Cultural en perspectiva? Chen contempló esa posibilidad. La recuperación de las antiguas canciones revolucionarias formaba parte de una campaña orquestada por Lai, el primer secretario del Comité del Partido en Shanghai. Lai, un relativamente recién llegado a la ciudad, se había apresurado a dejar su impronta mediante una batería de medidas políticas aprobadas gracias a su estatus de joven príncipe —hijo de un alto cargo del Partido— y a un clima político rápidamente cambiante. Muchos lo consideraban una figura destacada de la izquierda en China. Cada vez cobraba más fuerza el rumor de que Shanghai era un primer paso en el inevitable ascenso de Lai a la cúpula del Partido.

Lai se había ganado a los que se sentían frustrados con los problemas de la China moderna, porque las decisiones del primer secretario recordaban a las políticas adoptadas en la época de Mao. Pero Chen no creía que tales políticas pudieran funcionar. China, pese a esas antiguas canciones rojas, seguiría cambiando radicalmente.

Un pasajero de pelo canoso asentía con la cabeza desde la parte delantera del autocar, absorto en aquella melodía tan familiar. Quizá había escuchado la canción muchas veces en su juventud, y el significado de la letra ya no le importaba.

Aunque, tal vez, el hombre de delante simplemente estaba dormitando y cabeceaba con cada bache. Aun así, varios pasajeros tarareaban la melodía, y uno de ellos incluso seguía el ritmo con el pie. Al menos no parecía que la canción les molestara.

Cuando ya empezaba a entablarse otra discusión, el autocar se detuvo en seco.

—¡Qué asco de viaje! —criticó un anciano—. Se me van a descoyuntar los huesos.

—Si quieres disfrutar de un viaje cómodo y lujoso —replicó el conductor a gritos—, toma el tren de alta velocidad.

—Para ti es muy fácil hablar. ¿Cómo va a permitirse coger el

tren un jubilado? —se quejó el viejo—. ¿Por qué tenemos que sufrir así los que somos pobres? Si estuviera vivo, el presidente Mao no lo permitiría.

—¿Tú eres tonto o qué? El cerebro no te carbura, viejo. Mao tenía un tren especial sólo para él, con camareras guapas que le bailaban el agua y, por lo que he oído, también bailaban debajo de él. ¡Usa la imaginación! Vi un documental en el que decían que una de esas chicas del tren se convirtió en su secretaria personal, y luego pasó a ser un miembro poderoso del Politburó.

—Deja que Mao descanse en paz —interrumpió otro pasajero desde el fondo del pasillo.

—Bajo el gobierno del presidente Mao no te habrían permitido barrer tumbas durante el Qingming. Estaba prohibido porque lo consideraban una actividad supersticiosa.

Chen asentía con la cabeza al escuchar los argumentos que presentaban unos y otros, pero prefirió no meterse en la disputa. Entonces su teléfono volvió a sonar. Era el subinspector Yu Guangming, su compañero de tantos años en el departamento. Cuando anunciaron la marcha de Chen, Yu fue nombrado jefe de la brigada de casos especiales. Chen confiaba plenamente en Yu, por lo que supuso un alivio que el subinspector lo sucediera en el cargo. Sin embargo, Chen procuró no concederle demasiada importancia a ese ascenso: podría tratarse simplemente de otra medida más para tranquilizar a la opinión pública.

—Jefe...

—Estoy sentado en un autocar del cementerio. Puede oír el ruido de fondo y la canción roja, ¿verdad? No es un buen sitio para hablar. Y no soy su jefe —añadió—. Ya no.

—Pero necesito comentarle los casos que nos asignaron justo antes del comunicado de ayer.

—No, usted es ahora el jefe de la brigada, Yu. No necesita comentar nada conmigo.

—Usted ya había empezado a revisar algunos de esos casos, y su opinión podría ser valiosísima para la brigada.

Chen adivinó el motivo de la llamada. Se trataba de una muestra de solidaridad por parte del subinspector, pero ésa era

precisamente la razón por la que no quería que Yu siguiera hablando. Era posible que le hubieran pinchado el teléfono.

—Volveré pronto de Suzhou, Yu —dijo Chen—. Ya le llamaré.

Sin embargo, Yu tenía razón. Su destitución repentina podría guardar relación con alguno de los casos asignados recientemente a la brigada de casos especiales. Los casos de la brigada se consideraban «especiales» principalmente porque eran delicados desde un punto de vista político. El cometido de Chen consistía en minimizar los daños que pudieran entrañar dichos casos para el Partido, pero, a ojos de sus superiores, se tomaba las investigaciones y su papel de inspector jefe demasiado en serio. Y ahora se había metido en un buen lío.

Con todo, no lograba entender qué relación existía entre sus problemas actuales y los casos de la brigada, particularmente el que le habían asignado el día anterior a su destitución. Se trataba del caso de un tigre muerto —un funcionario o un hombre de negocios desacreditado públicamente que nunca tendría la oportunidad de defenderse— y lo habían asignado a la brigada de Chen por puro formulismo, debido a su relevancia política. Chen no había empezado a investigar, ni pensaba hacerlo. Dejó el expediente del caso sin leer sobre el ordenador de la comisaría.

Aún conservaba otros expedientes en su ordenador portátil. Podría revisarlos de nuevo sin tener que volver a comisaría. Por el momento, sin embargo, no pensaba ponerse en contacto con el subinspector Yu.

El autocar frenó en seco una vez más. El conductor había divisado a unos viandantes que caminaban por la carretera cargados con sus ofrendas para los difuntos. Les permitió subir y cobró diez yuanes a cada uno. El autocar era suyo, por lo que intentaba sacarse algún dinero extra siempre que se le presentaba la ocasión.

El autocar arrancó de nuevo y se metió en una autopista recién construida. Chen no recordaba haberla visto antes, pero los altos bloques que se alzaban a ambos lados parecían extrañamente similares, como cajas de cerillas de cemento gris peligrosamente apiladas.

El autocar torció de nuevo y se metió por varias calles estrechas bordeadas de viejas granjas destartaladas. Sin embargo, de vez en cuando se veían algunos chalés recién construidos, como los de los barrios residenciales de Shanghai.

—¡Cementerio Gaofeng! —se oyó por el altavoz.

El autocar del cementerio entró lentamente en el aparcamiento.